

¿La muerte?

¿La muerte sería también como la vida?

“Es más liviana, hija”

¿Habría sirguillitos cantando en las hojas gordas de agosto?

Había. “Y vacas pastando en inmensas llanuras”

Ahora subía yo la cuesta de la Changa, ligera, ligera, como el viento.

¿Por aquí? ¿Por estos lugares se irían los muertos?

“Por allí, hija, por donde se despide uno para siempre de la vida”

Abajo, en la margen izquierda del río Pampas, bañado con las últimas luces del atardecer, quedaba Illaurocancha, mi pueblo con sus casitas entejadas, sus paredes blancas, incendiadas por la luz roja del sol.

Aún traía impregnado en las narices el aroma tibio, dulzón, de los habales ondeando en la bajada de los cerros, con sus florecitas blanquinegras acariciadas por el viento. Y llevaba en la mirada el vuelo apresurado de las perdices, rastreando, piando, en busca del nido oculto entre las frondas.

Pobre mi pueblo, dije, pobre mi tierra. Ahí te dejo (¿para siempre?). Y miré los molles de las lomas, las piedras de alaymosca rodando por la quebrada, los altos eucaliptos que bordeaban las huertas, los tunales con sus espinas erizadas sobre las cabuyas. Y me despedí poniendo mi mano en mi corazón, besando amorosa, la tierra. ¡Adiós alegrías y penas consuelos y pesares, adiós!

Suspiré hondo antes de alejarme, recordando mi mocedad, cuando alegre correteaba entre los maizales jugando con mi perro Wayra, haciéndolos espantar a los sirguillos, esas menudas avechitas amarillas que entre una alborozada chillería venían a bañarse con los choclos. Me llegó también el recuerdo lejano de las cosechas de junio, de mis juegos en las parvas alumbradas por la luna, de mis años de pastora tras el ganado, soportando a veces el ardiente sol de la cordillera o mojadita por las lluvias suaves o las mangadas. ¿Y ahora? ¿Ahora por donde nomás tendría que seguir?, pensé llegando a la pampa llena de ichu de Kuriayvina.

“A Auquimarca, hija, la montaña nevada donde moran nuestros antepasados”.

Volviéndome miré por última vez mi pueblo, pero solo pude ver borrosamente la sombra de sus eucaliptos emergiendo en la oscuridad.

- ¿Rosa? ¿Rosa Cuchillo?

Un perrito negro, con manchas blancas alrededor de su vista, como anteojos, era quien me hablaba. Sus palabras parecían ladridos, pero se entendían.

Un instante me quedé silenciosa, como pasmada, sin saber quién era ni qué hacia allí ese animalito.

-¿No me reconoces?

Me quedé observando el arco sobresalido de sus dientes superiores, propio de los perritos cashmis, sus ojos muy vivos, sus orejas gachas.

-! Wayra!-dije de pronto. Inclinándome a abrazarlo con harta alegría en mi corazón al haberlo reconocido? Él empezó a menear también la cola alegroso.

Hacia tantos años que se había muerto, de un zarpazo que le dio un puma, me acuerdo, cuando defendía a ladridos el corral de ovejas. Y ve, pues, ahora lo encontraba a orillas de este río torrentoso, de aguas negras, el Wañuy Mayu, que separaba a los vivos de los muertos.

A la sombra de un chachacomo, que retemblaba al paso de las aguas furiosas, encontré a Wayra descansando.

- Wayra, ¿qué haces acá? ¿Cómo me has reconocido?

Bajo el blanco resplandor de la luna, observé mis ropas desgarradas por las zarzas de los montes, por los riscos, luego de avanzar penosamente por feas laderas y encañadas.

-Te esperaba. Rosa. Sabía que vendrías.

-¿Te lo dijo alguien?

-Liborio, tu hijo.

-¿Liborio?

Mi corazón saltó alborozado.

-Dímelo-dije abrazando nuevamente al perrito, acariciando su pelo crespo, lanoso- ¿Dónde? ¿Dónde viste a mi hijo?

-Cálmate- me respondió lamiendo mi mano-por ahora no lo veras todavía? Él está arriba, en el cielo, allí donde están guiñando las estrellas.

-! En el Janaq Pacha!-dije alegre, doblando mis manos-! Gracias. Dios mio!- me arrodillé- gracias por tenerlo en tu gracia infinita.

Y me encomendé al dios Wari Wiracocha nuestro creador.- ¿Y yo también podré ir hasta allí, Wayra?- le pregunté después, observando el gran río blanco, el Koyllur Mayu, que extendía su lechoso cauce entre estrellas y luceros.

-No lo sé-respondió-.Yo solo he venido a acompañarte hasta Auquimarca, según el mandato de los dioses.

Resignada suspiré, esperanzada que en el pueblo de las almas pudiera encontrar a mis padres, a mi esposo Domingo y a Simón, mi hijito, el último, que se murió cuando era solo una guagua.

-Wayra-le dije-¿y donde has estado durante todo el tiempo que no te he visto?

-En todas partes-me dijo-; aquí abajo y en las estrellas.

- ¿De veras?

-De veras.....